

Mary Wilkins Freeman “Una poetisa”*

La parcela de jardín a la derecha de la casa era un destello alegre de alverjillas y porotos de flores rojas, flanqueado por espárragos plumosos. Entre ellos circulaba una mujer vestida de azul. Otra, con gorro negro, permanecía de pie delante de la puerta de la casa. Golpeó y esperó. La casa se encontraba muy cerca del camino, separada por un seto alto de hojas perennes y la vista lateral estaba en cierto modo limitada.

La mujer tuvo que estirarse para golpear ya que la puerta estaba abierta hacia el interior de la entrada. Era pequeña y bastante joven, con cierta vivacidad que le daba un efecto de belleza, similar al que el verdor y la lozanía le confieren a una planta. Avanzó su rostro pequeño, sus ojos bonitos y agudos penetraron la entrada y la habitación a la izquierda, hacia la cual se abría la puerta. La entrada era pequeña, cuadrada y sin muebles, excepto por una vieja y pulida mesa de naipes contra la pared trasera. Debido al seto, una luz verde llenaba la habitación erizada de tallos de hierbas, flores y espárragos.

—Betsey, ¿estás ahí?— llamó la mujer. Cuando habló, un canario amarillo, cuya jaula colgaba junto a la puerta delantera, comenzó a gorjear y piar.

—Betsey, ¿estás ahí?— llamó la mujer de nuevo. Los gorjeos del ave entraron como una rápida ráfaga; luego comenzó a trinar y cantar.

—No está— dijo la mujer. Se volvió y salió del patio a través de un hueco en el seto; luego miró a su alrededor. Vio la silueta azul en el jardín. —Allí está— dijo.

Dio la vuelta a la casa hacia el jardín. Llevaba un vestido de percal con diseños de casimir y gorro de luto, al que sostenía cuidadosamente lejos de las hierbas y enredaderas llenas de rocío.

La otra mujer no notó su presencia hasta que se acercó y dijo: —Buenos días, Betsey.— Entonces dio un respingo y se dio vuelta.

—¡Mrs. Caxton! Usted aquí— dijo.

—Sí. Estuve parada en la puerta media hora. Ya estaba por irme cuando la vi acá fuera.—

A pesar de su discurso enérgico había contención en sus modos. Las comisuras de sus labios descendieron con tristeza.

—¡Siento muchísimo que estuviera parada allí tanto tiempo!— dijo la otra.

Dejó en el suelo una olla parcialmente llena de porotos, se restregó las manos en el delantal, húmedas y verdes por las enredaderas, luego extendió la derecha con aire solemne y comprensivo.

—No importa, Betsey— respondió Mrs. Caxton. —No tengo mucho en qué ocupar mi tiempo.— Suspiró profundamente mientras le estrechaba la mano y la otra hizo lo mismo.

—Entremos ahora mismo. Lo siento mucho que esperara tanto— dijo Betsey.

—Termine de recoger los porotos.—

—No; no iba a recoger más. Ya estaba por entrar.—

—¡Betsey Dole, no creo que le alcance ni para un gato!— dijo Mrs Caxton dando una ojeada a la olla.

—He recogido casi todos los que hay. De todos modos, supongo que tengo más porotos de jardín que comestibles.—

—Ya lo creo— dijo Mrs. Caxton, inspeccionando la fila de postes rematados de enjambres de delicadas flores rojas. —Pensaría que casi todos son de jardín. ¿Le crecieron arvejas?—

—No más de tres o cuatro platos. Creo que planté casi todo alverjillas. No sé cómo no me di cuenta.—

—¿Obtuvo zapallo?—

* *Harper's New Monthly Magazine* Vol. LXXXI No. CCCCLXXXII (July, 1890). Traducción de Gabriel Matelo

Literatura Norteamericana

–Dos o tres. Hay más pero no sé si van a madurar. También planté calabazas. Me parece que lucen hermosas en la repisa de la cocina en invierno.–

–Tiene un cantero de salvias como para todo el pueblo.–

–Sí, es bastante grande. Siempre me gustaron las salvias azules. Tenga cuidado que no se le moje el vestido, Mrs. Caxton.–

Las dos mujeres caminaron de puntillas por la hierba húmeda, rodearon el borde del seto y Betsey condujo a su visita al interior de la casa.

–Siéntese en la mecedora– dijo. –Voy a dejar los porotos en la cocina.–

–Será mejor que traiga otra olla y los pele; si no, no estarán listos para la cena.–

–Sí, lo haré. Discúlpeme un minuto, Mrs. Caxton. Los porotos tendrán que hervir bastante rato, son bastante viejos.–

Betsey entró a la cocina y volvió con una olla y un cuchillo viejo. Se sentó frente a Mrs. Caxton y comenzó a pelar y cortar los porotos.

Mirando los porotos, Mrs. Caxton dijo: –Si estuviera en su lugar, no creería que son suficientes. Pensé que al tener un jardín no muy grande usted habría plantado más porotos y arvejas comestibles que los que dan flores. Preferiría un buen plato de arvejas verdes hervidas con un trozo de cerdo salado que alverjillas. Me gustan las flores pero prefiero algo que comer.– Miró a Betsey con una superioridad meditabunda.

Betsey era corta de vista; tenía que inclinarse hacia los porotos para pelarlos. Tenía cincuenta años, pero llevaba el pelo claro con rulos como una joven. Los rulos colgaban sobre sus mejillas desvaídas y casi las ocultaban. De vez en cuando se los tiraba para atrás con un gesto infantil que le sentaba de manera extraña.

–Me atrevería a decir que tiene razón– dijo, sumisa.

–Lo sé. Si se la dejara sola a gente como usted, que escribe poesía, no tendría nada qué comer. Y eso me lleva a la razón por la cual vine. He estado pensando en ello desde que nuestro pequeño Willie nos dejó.– De repente, el tono de Mrs. Caxton se llenó de un apenado fervor dramático y sus ojos se enrojecieron de lágrimas.

Betsey la miró inquisitivamente, tirándose los rulos hacia atrás. Inconscientemente, en su rostro aparecieron arrugas de pena tan parecidas a las de la otra mujer que por un minuto se pareció a ella.

Mrs. Caxton continuó con voz trémula: –Pensé que quizás usted estaría dispuesta a escribir unos versos.–

–Por supuesto, Mrs. Caxton. Me haría feliz hacer algo apropiado– le dijo Betsey, con lágrimas en los ojos.

–Pensé en unos pocos versos. Podría mencionar lo buenmozo que era y lo bueno, y que nunca tuve que castigarlo excepto una vez en su vida, y qué contento estaba con su traje nuevo, y qué sufrido que era, y cómo deseamos que esté en paz en un lugar mejor.–

–Voy a tratar, Mrs. Caxton, voy a tratar– dijo Betsey entre sollozos. Y las dos mujeres lloraron juntas por unos minutos.

–A veces parece que no termino de aceptarlo– dijo Mrs. Caxton, destrozada. –Sigo pensando que está en la otra habitación. Cada vez que vuelvo a mi casa es como perderlo de nuevo. Oh, me resulta imposible volver y no encontrarlo allí. No. No. Oh. Usted no entiende eso, Betsey. Nunca tuvo hijos.–

–No pretendo entenderlo, Mrs. Caxton, no.–

Enseguida Mrs. Caxton se restregó los ojos. –He estado pensando– dijo tratando de mantener firme la voz, –que sería hermoso tener algunos versos impresos en hojas de papel blanco con un prolijo borde negro. Me gustaría enviárselas a algunos de mis parientes, y una a los Perkins en Brigham, y hay un montón de otra gente que sé que podría apreciarlo.–

Literatura Norteamericana

—Daré lo mejor, Mrs. Caxton; eso me haría feliz. Es poco lo que se puede hacer en situaciones como esta.—

Mrs. Caxton rompió a llorar de nuevo. —¡Oh, es verdad, es verdad, Betsey!— sollozó. —Nadie puede hacer nada, ni la poesía ni ninguna otra cosa. Nada puede hacerlo volver. Oh, ¿qué voy a hacer, qué voy a hacer?—

Mrs. Caxton se secó las lágrimas de nuevo y se puso de pie para irse. —Bueno, debo irme; si no, Wilson se quedará sin cena— dijo, haciendo un esfuerzo por controlarse.

—Bien, daré lo mejor de mí en el poema— dijo Betsey. —Lo escribiré esta tarde.— Había dejado la olla de alubias en la mesa y se puso de pie junto a Mrs. Caxton. Esta levantó la mano y se enderezó el gorro negro que se había deslizado hacia atrás.

—Tengo que ponerle un alfiler— dijo Mrs. Caxton entre lágrimas. —No se queda en su lugar. Se me cae. El velo es tan pesado.—

Betsey acompañó a su visitante a la puerta. —Está espantosamente polvoriento, ¿no?— observó, en ese tono triste y desdenoso que se usa para hablar de incomodidades en momentos de aflicción.

—Terrible— contestó Mrs. Caxton. —No puedo ponerme el vestido negro con tanto polvo, ya con el gorro es bastante molesto. Este vestido es demasiado bueno. El polvo lo estropea todo. Bien, Betsey, le agradezco mucho por hacerme este favor.—

—¡Lo haré lo mejor que pueda, Mrs. Caxton!—

Luego de ver partir a su visitante, Betsey regresó a la sala y levantó la olla de porotos. Miró con dudas el puñado de porotos bien pelados y cortados. —No sé qué hacer— dijo. —Me encantaría prepararlos para la cena, pero va a llevar mucho tiempo de cocción, hacer el fuego y todo lo demás, y tengo que ponerme a trabajar en el poema. Además, hay otra cosa, si los como hoy, no podré comerlos mañana. Quizás disfrute más pensando en ellos. Creo que los dejaré para mañana.—

Betsey llevó la olla de porotos a la cocina y la guardó en la despensa. Se quedó mirando los estantes como una verdadera Madre Hubbard.¹ Había un plato con tres o cuatro papas y una rebanada de cerdo hervido frío, y una cucharada de mermelada roja en un vasito; esa era toda la comida que había a la vista. Betsey se agachó y levantó la tapa de un jarro de barro que estaba en el piso. Tomó dos rebanadas de pan. —¡Ya está!, dijo. —Para el almuerzo voy a comer pan con mermelada, y esta noche me serviré las papas calentadas con el cerdo. Y así puedo sentarme ahora mismo a trabajar en el poema.—

Eran apenas las once. Betsey volvió a la sala, sacó una vieja carpeta negra, pluma y tinta de la alacena sobre la chimenea y se sentó a trabajar. Meditó, escribió una línea, luego otra. De vez en cuando leía en voz alta lo que había escrito con entonación solemne. Permaneció allí pensando y escribiendo y pasó el tiempo. Sonó la campana de las doce pero ella ni se dio cuenta; se había olvidado completamente del pan y la mermelada. Los largos rulos le caían sobre las mejillas; la delgada mano amarilla, apretada a la pluma, se movía con lentitud e intermitencia sobre el papel. Debido al seto alto junto a la ventana, la luz en la habitación era tenue y verde, como la luz en una pérgola. Ramos grandes y plumosos de espárragos ondeaban delante del espejo; un muestrario enmarcado, un grabado de una cabeza de mujer extraído de alguna vieja revista, y haces de hierbas colgando o pegadas a las paredes; jarrones y vasos con flores en la repisa y la mesa. El aire estaba pesado y dulce.

Betsey, en la sala, inclinada sobre su carpeta, parecía el verdadero genio de la tradicional y gentil poesía sentimental. Parecía como si, partiendo de las premisas de sujeto y lugar, se pudiera fácilmente deducir lo que escribiría, y leer, sin necesidad de verlos, esos versos en que flores

¹ “Old Mother Hubbard” es una canción de cuna (*nursery rhyme*), publicada por primera vez en 1805 y entre las más populares del siglo XIX. [N del T]

(*flowers*) rimaba dulcemente con enramadas primaverales (*vernal bowers*), hogar (*home*) con más allá de tumba (*beyond the tomb*), y cielo (*heaven*) con crepúsculo (*even*).²

Transcurrió la tarde estival. Se hizo más cálida e íntima; el aire se llenó del susurro áspero de los insectos con las cigarras chirriando por encima de ellos; de vez en cuando pasaba un tiro de caballos y una nube de polvo flotaba sobre el seto; el canario en la puerta gorjeaba y trinaba y Betsey escribía el poema obituario del pobrecito Willie Caxton.

Las lágrimas le anegaban los ojos azul pálido, ocasionalmente le rodaban por las mejillas y se las enjugaba. Guardaba el pañuelo en su regazo junto a la carpeta. Cuando apartaba la vista del papel parecía ver dos formas infantiles en la habitación; una puramente humana, un niño vestido con enaguas de niña, de rostro rubio y regordete; la otra en un pequeño y simple camisón de noche, con alas amplias y brillantes, y el mismo rostro. Betsey no tenía suficiente imaginación para cambiar el rostro. El ángel del pequeño Willie Caxton era igual que el niño para ella, aunque engalanado con la parafernalia de la resurrección.

—Supongo que no puedo sentir ni escribir de la manera en que podría si hubiera tenido hijos propios y los hubiera perdido. Supongo que me hubiera afectado de manera diferente— murmuró Betsey, sorbiéndose la nariz. Un tenue rubor le flameó bajo los rulos ante la idea. Por un segundo la habitación pareció sesgada de alas blancas y sonrientes con los rostros de niños que nunca habían llegado a nacer. Betsey se enderezó como si tratara de estar a una altura digna de su conciencia interior. —Esa es una tribulación por la que no he pasado— dijo —pero supongo que puedo compenetrarme con sus sentimientos de manera considerable.—

Miró la gran caracola rosada sobre la repisa y recordó que a menudo se la había dado al niño muerto para que jugara durante las visitas con su madre y él se la había puesto junto al oído para oír el mar.

—¡Pobre criatura!— sollozó, y permaneció sentada por un rato con el pañuelo en el rostro.

Betsey escribió su poema en el envés de unas cartas viejas y retazos de papel. Se le hacía difícil procurarse suficiente papel para copiar en limpio sus poemas una vez compuestos; se veía forzada a ser muy módica con el primer borrador. Cuando finalmente se levantó y estiró sus piernas tiesas, en su carpeta se amontonaban los restos sueltos de papeles escritos. Era casi el atardecer, los hombres volvían a sus casas del trabajo con paso pesado y llevando los recipientes del almuerzo.

Betsey dejó la carpeta sobre la mesa. —He escrito dieciséis versos— dijo —y creo que incluí todo. Creo que ella pensará que es suficiente. Puedo pasarlo en limpio mañana. Ya no me da la vista para hacerlo esta noche.—

Había manchas rojas en las mejillas de Betsey, le temblaron las rodillas al caminar. Entró a la cocina, encendió el fuego, y puso la pava para el té. —Creo que no voy a calentar las papas esta noche— dijo —tengo el pan y la mermelada, y las voy a guardar para el desayuno. De alguna manera no tengo tantas ganas como antes, y las papas fritas caen pesado de noche.—

Cuando hirvió la pava, Betsey se hizo una taza de té y remojó la rebanada de pan; luego retiró la taza y los platos, y salió a regar el jardín. El tiempo estaba tan seco y caluroso que había que regar todas las noches. Betsey tenía que acarrear el agua desde el pozo de un vecino; el suyo estaba seco. Fue y volvió en el crepúsculo creciente, con el cuerpo inclinado a un lado por el peso del balde, hasta que el humus del jardín se puso oscuro y mojado. Luego metió el canario, cerró la casa, y apagó la luz. A menudo en estas noches de verano Betsey se iba a la cama sin encender luz alguna. No había luna, pero era una hermosa noche estrellada. Se quedó despierta casi toda la noche, pensando en el poema. Arregló varios versos en su mente.

Se levantó temprano, se preparó una taza de té, y calentó las papas; luego se sentó a copiar el poema. Lo transcribió a ambos lados de un papel de anotador, con letra prolija y apretada. A mediados de la tarde lo terminó. Se había visto obligada a pausar el trabajo y cocinar los porotos

² Los paréntesis contienen las palabras que riman. [N del T]

para la cena, aunque le molestó perder ese tiempo. Una vez pasado el poema en limpio, lo enrolló prolijamente y lo ató con un trozo de cinta negra; luego se preparó para llevárselo a Mrs. Caxton.

Era una tarde calurosa. Betsey se dirigió por la calle en su vestido más delgado, de tela ligera con delicados ramos de flores marchitas sobre un fondo de verde marchito. Alrededor de la cintura llevaba un cinturón verde angosto. Llevaba un gorro verde, armado con ratán, que le hacía sombra sobre el rostro, llevaba los rulos hacia delante atados en dos coletas sobre las delgadas mejillas, y un pequeño parasol verde con manija plegable. Su traje era obsoleto, incluso para la pequeña aldea campesina en donde vivía. Lo había usado todos los veranos los últimos veinte años. No había hecho más cambios en su atuendo que los viejos arbustos perennes de su jardín. No tenía dinero con que comprarse ropa nueva, y la vieja le satisfacía. Había llegado a considerarla parte tan inalterable de sí misma como su propio cuerpo.

Así siguió Betsey pisando la arena caliente del camino con pies delgados y delicadamente cubiertos con polainas. En su mano enguantada, llevaba el rollo del poema. Caminó más bien con lentitud. No era muy fuerte, cojeaba un poco por un dolor en las rodillas, protegida a la sombra de su gorro, pálida y sudorosa por el calor.

Se sintió feliz de llegar a la casa de Mrs. Caxton y sentarse en la sala, húmeda y fresca como el crepúsculo, ya que las persianas y las cortinas habían estado cerradas todo el día. Ni un respiro del férvido exterior había penetrado en ella.

—Venga por aquí; está más fresco en la sala— dijo Mrs. Caxton; y Betsey se hundió en una mecedora de cuero agitando un abanico de hoja de palma.

Mrs. Caxton se sentó junto a la ventana en la luz tenue, y leyó el poema. Sacó el pañuelo y se restregó los ojos mientras leía. Cuando terminó, dijo: —Es hermoso, hermoso— con lágrimas en los ojos. —Es todo un consuelo, y la manera en que habla de su nuevo traje es tan linda. Le estoy tan agradecida, Betsey. Cuando lo haga imprimir le daré una copia. Lo voy a mandar inmediatamente.—

Betsey se sonrojó con una sonrisa. Para ella fue como si el poema hubiera sido aprobado y aceptado por una de las revistas importantes. Sintió el orgullo y el asombro del genio reconocido. Luego de terminar la visita, regresó a su casa bajo el sol marchitante con ánimo optimista. Cuando llegó no había nadie a quien pudiera contarle su triunfo, pero el aliento caliente y especioso del seto perenne y la dulzura ardiente de las alverjillas la saludaron como si fueran voces de amigos.

Apenas podía esperar para ver la copia impresa. Mrs. Caxton se la trajo y ella inspeccionó el papel prolijamente bordeado de negro. Se sintió invadida de inocente orgullo.

—Yo no sé pero se lo ve realmente bonito— dijo.

—Es hermoso— dijo Mrs. Caxton, con ardor. —Cuando se lo llevé a imprimir, Mr. White dijo que nunca leyó algo tan conmovedor. Creo que mis parientes y amigos se van a sentir muy contentos de tenerlo. Hice imprimir dos docenas.—

Para Betsey fue como tener una gran edición en libro. Había escrito poemas necrológicos antes, pero ninguno había sido impreso con tanto lujo. —¡Creo que quedaría muy bien enmarcado!— dijo.

—Sí, no sé, pero así parece— dijo Mrs. Caxton. —Se le podría poner un lindo marco negro, le quedaría muy apropiado.—

—¿Me pregunto cuánto costaría?— dijo Betsey.

Luego de la partida de Mrs. Caxton, se quedó sentada por largo rato admirando el poema y especulando acerca del costo del marco. —Es inútil, no puedo darme ese lujo, aún si costara un cuarto de dólar— se dijo.

Luego guardó el poema y se dispuso a cenar. Nadie sabía lo frugales que eran los almuerzos, cenas y desayunos de Betsey Dole. Casi toda la comida durante el verano provenía de los escasos vegetales que crecían entre las flores de su jardín. Apenas comía más que su canario, y cantaba con la misma asiduidad. Sus ingresos eran casi ínfimos: el bajo porcentaje de intereses de la pequeña suma que le dejara su padre luego de deducir los gastos para su funeral. Betsey había vivido de ello durante veinte años y se consideraba a sí misma adinerada. Nunca había recibido ni un centavo por

sus poemas; no pensaba que tal cosa fuera posible. Le era más valioso el aspecto de este último poema enmarcado que los dólares que le podrían proporcionar los versos.

Betsey colgó el poema en la pared debajo del espejo; si alguien entraba, trataría de llamarle la atención sobre él con delicadas sugerencias. Fue dos semanas después de recibirlo que se produjo el derrumbe de su orgullo inocente.

Una tarde la visitó Mrs. Caxton. Llovía fuerte. Betsey casi no pudo creer que fuera ella cuando atendió la puerta y la encontró parada allí.

—¡Oh, Mrs. Caxton! ¿No está calada hasta los huesos?—

—Sí, creo que sí, casi. Creo que no tendría que haber venido con un día así, pero pasé un minuto por lo de Sarah Rogers después del almuerzo y algo que dijo me puso tan furiosa que me decidí a venir a contárselo aún bajo el riesgo de ahogarme.— Mrs. Caxton estaba sin aliento; le goteaba agua del pelo a la cara; se quedó parada en la puerta y cerró el paraguas con tal sacudón que regó agua por todas partes. —No sé qué va a hacer con esto— dijo, —está empapado.—

—Lo llevaré a la pileta de la cocina.—

—Bueno, me quitaré el chal aquí mismo y puede colgarlo en la cocina. Me lo puse encima. Pensé que me protegería un poco. Solo sé una cosa, si sobrevivo a esta me compraré un impermeable.—

Cuando ambas mujeres se sentaron en la sala, Mrs. Caxton se quedó en silencio por un rato. Tenía la mirada indecisa, el rostro humedecido y el pelo mojado alrededor de las sienes.

—No sé si debería contárselo— dijo, dudando.

—¿Por qué?—

—Bueno, no importa, se lo contaré de todos modos. Creo que debería saberlo y no es peor para usted que para mí. Puse bastante dinero en ellos. Creo que Mr. White me cobró caro.—

Betsey sintió miedo. —¿Qué pasó?— preguntó con voz débil.

—Sarah Rogers me contó que el ministro le dijo a Ida que el poema que usted escribió no podría ser peor y que era de un mal gusto espantoso haberlo hecho imprimir y hacerlo circular. ¿Qué le parece eso?—

Betsey no contestó. Se quedó sentada mirando a Mrs. Caxton como una víctima mira a su verdugo tras recibir el primer golpe sin matarla. Su rostro parecía una cuña de hielo entre los rulos.

Mrs. Caxton continuó. —Sí, me lo dijo en la cara, palabra por palabra. Y hay algo más. Dijo que el ministro dijo que usted nunca ha escrito nada que se pudiera llamar poesía y que era una espantosa pérdida de tiempo. Supongo que no pensó que usted se enteraría. Ya sabe que él la visita a Ida Rogers y supongo que le dijo eso de manera confidencial cuando ella le mostró el poema. Ahí tiene. Yo le di a Sarah Rogers uno de los impresos y ella se mostró muy contenta de tenerlo. ¡Mal gusto! ¡Hmm! Que digan lo que quieran en contra de ese poema tan hermoso e impreso con el borde negro tan bonito. No me importa que sea el ministro o alguien más. No me importa que él mismo escriba poemas y se los hayan publicado en una revista. A lo mejor no son tan buenos como cree. A lo mejor los de la revista se los aceptaron porque no tenían nada mejor. Me gustaría enviarles su poema. ¡Mal gusto! Me enojé. ‘Sarah Roges,’ le dije, ‘espero que algún día no haga tú misma algo de peor gusto.’ Temblaba tanto que apenas podía hablar y me decidí a venir directo para acá.—

Mrs. Caxton no paraba de hablar. Betsey siguió sentada escuchando sin decir nada. Se la veía espantosa. Antes de irse Mrs. Caxton se dio cuenta. —Betsey Dole— exclamó, —está tan pálida como una hoja. Espero que no se lo tome a pecho. No le dé más de lo que vale. ¡Oh, Dios, ojalá no se lo hubiera contado!—

—Por supuesto que hizo bien en contármelo— contestó Betsey con cierta dignidad. Se le quedó mirando a Mrs. Caxton. Tenía la espalda tan rígida como si estuviera atada a un poste.

—Bueno, supongo que sí— dijo Mrs. Caxton, incómoda; —pero sería muy tonto de su parte que se lo tome a pecho, Betsey, eso que le quede claro. ¡Válgame Dios, a mí no me hace mella y es tan duro para mí como para usted!—

Literatura Norteamericana

Mrs. Caxton se levantó para irse. Betsey le trajo el chal y el paraguas de la cocina y la acompañó hasta la puerta. Mrs. Caxton se dio vuelta en el umbral y miró el rostro pálido de Betsey. –No piense más en ello– dijo. –Yo tampoco. No vale la pena. Todos saben cómo es Sarah Rogers. Adiós.–

–Adiós, Mrs. Caxton– dijo Betsey. Volvió a entrar en la sala. La lluvia era fría y la habitación estaba sombría y gélida. Se quedó mirando por la ventana, observando cómo la lluvia acribillaba el seto. La jaula del canario se encontraba junto a la otra ventana. El pájaro la miró con la cabeza inclinada; luego comenzó a gorjear.

De repente dio media vuelta y comenzó a hablar. No era como si se hablara a sí misma; parecía dirigirse a otra presencia en la habitación. –Me gustaría saber si es justo– dijo. –Me gustaría saber si crees que es justo. No debería haber nacido con el deseo de escribir poesía si no tuviera la capacidad de hacerlo, ¿no es cierto? ¿Se me habría permitido escribir toda la vida sin saber antes que no saldría nada bueno? ¿Sería justo si el canario, que no ha hecho otra cosa que cantar, no estuviera cantando? Querría saber eso. ¿Suponte que las alverjillas no olieran tan bien? Querría saber si ha habido más justicia con ellas que conmigo.–

El pájaro trinaba una y otra vez. Era como si algo dorado en lo profundo de su garganta burbujeara. Betsey cruzó la habitación hacia la alacena junto a la chimenea. En los estantes había diarios apilados y rollitos blancos de papel de escritura. Betsey comenzó a vaciar los estantes. Primero sacó los diarios, agarró las tijeras y recortó prolijamente los poemas que traían. Luego se puso en el delantal los poemas que tenía abrochados y los rollos blancos y los llevó a la cocina. Limpió la estufa con cuidado, quitando todo trazo de cenizas; luego metió los papeles y les prendió fuego. Se quedó mirándolos mientras se les doblaban los bordes y se chamuscaban, y luego se deshacían en el fuego. Se le retorció el rostro como si también estuviera al fuego. Otras mujeres podrían haber quemado las cartas de sus amores con el corazón en agonía. Betsey nunca había tenido un amor, pero estaba quemando todas las cartas de amor que había intercambiado con la vida. Cuando murieron las llamas sacó una azucarera de porcelana azul de la despensa y metió las cenizas en ella usando una de las delgadas cucharillas de plata; luego colocó la tapa y la guardó en la alacena de la sala.

El canario, que había permanecido silencioso mientras ella no estaba, comenzó a gorjear de nuevo. Betsey fue a la despensa y tomó un terrón de azúcar y lo metió entre los alambres de la jaula. Al pasar miró el reloj en la repisa de la cocina. Eran pasadas las seis. –Creo que no cenaré esta noche– murmuró.

Se sentó junto a la ventana de nuevo. El pájaro picoteaba el azúcar. Betsey temblaba y tocía. A lo largo de los años la tos iba y venía. La gente decía que adolecía de una vieja tisis. Se sentó junto a la ventana hasta que se puso oscuro; luego se fue a la cama en su pequeño dormitorio al lado de la sala. Temblaba tanto que al cruzar la habitación apenas se sostuvo erecta. Tosió mucho durante la noche.

Betsey era siempre tempranera. A la mañana siguiente se levantó a las cinco. Brillaba el sol, pero hacía mucho frío para la estación. Las hojas se mostraron blancas al viento norte y las flores parecían más brillantes que lo usual, aunque estaban inclinadas por la lluvia del día anterior. Betsey salió al jardín a enderezar las alverjillas.

Al volver, la vio una vecina que pasaba y le dijo con curiosidad: –Betsey, ¿te sientes mal?–

–No, solo tengo frío, es todo– contestó Betsey.

Pero la mujer volvió a su casa e informó que Betsey Dole se veía espantosa, y que no creía que fuera a ver otro verano.

Ya era fines de agosto. Antes de octubre casi todos reconocieron que la vida Betsey Dole estaba casi llegando a su fin. No tenía parientes y era rara en este pequeño pueblo la presencia de enfermeras profesionales. Mrs. Caxton se presentó voluntariamente y se encargó de cuidarla, volviendo a casa solo para prepararle la comida a su marido. Mudaron la cama de Betsey a la sala y las vecinas iban todos los días a verla trayéndole pequeños manjares. Betsey había hablado muy

Literatura Norteamericana

poco toda su vida; hablaba menos ahora, y mostraba una reticencia que de alguna manera intimidó a las otras mujeres. La miraban con pena y solemnidad, y susurraban en la entrada cuando se iban.

Betsey nunca se quejó; pero se la pasaba preguntando si el ministro había vuelto a su casa. Se había ido por una enfermedad de su madre y volvió una semana antes que Betsey muriera.

Inmediatamente pasó a verla. Mrs. Caxton lo acompañó una tarde.

—Aquí está Mr. Lang que viene a verte, Betsey— dijo en el tono que hubiera usado con un niño. Acomodó la mecedora para el ministro y estaba por sentarse cuando Betsey dijo:

—Mrs. Caxton, ¿podría esperar en la cocina unos minutos?—

Mrs. Caxton se levantó y salió con un trote incómodo. Luego hubo silencio. El ministro era un joven campesino que se había hecho camino estudiando en la escuela rural. Era adusto y torpe, pero robusto en sus ropas sueltas. Tenía un rostro acogedor e impetuoso y de amplia frente.

Miró el rostro demacrado y gentil de Betsey, hundido en la almohada, enmarcado por las coletas de rulos; finalmente comenzó a hablarle de su bienestar espiritual de manera acartonada, aunque con cierta fuerza debido a su honestidad poco refinada. Betsey lo escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando. Había sido miembro de la iglesia por años. Al joven le parecía ahora que esta solterona anciana, cercana al final de su simple e inocente vida, tenía de hecho su propia luz, que nunca la habían tocado los fuertes vientos candentes de la tentación.

Cuando se detuvo, Betsey le dijo, con voz débil: —¿Podría ir hasta la alacena junto a la chimenea y traerme la azucarera azul que está en el estante superior?

El joven se le quedó mirando por un minuto; luego se dirigió a la alacena y le trajo la azucarera. La sostuvo y Betsey levantó la tapa con manos débiles. —¿Ve lo que hay dentro?— dijo.

—Parecen cenizas.—

—Son las cenizas de todo lo que he escrito.—

—¿Pero por qué los quemó, Miss Dole?—

—Me di cuenta de que no valían nada.—

El ministro la miró desconcertado. Comenzó a preguntarse si no desvariaba. En ningún momento sospechó su propia relación con el asunto.

Betsey le clavó los ojos ansiosos y hundidos. —Lo que quiero saber es si usted se encargaría de que las entierren conmigo.—

El ministro se retrajo. Pensó que realmente estaba desvariando.

—No, no estoy fuera de mí— dijo Betsey. —Entiendo lo que digo. Quizás suene raro, pero es una idea que se me ha metido. Si usted se encargara, le estaría muy agradecida. No conozco a nadie a quien pudiera recurrir.—

—Bien, si usted lo desea me haré cargo, Miss Dole— dijo el ministro de manera seria y perpleja. Ella volvió a tapar la azucarera y la depositó en sus manos.

—Bien, le estaría muy agradecida si se encargara de eso, y hay algo más.— dijo ella.

—¿Qué es, Miss Dole?—

Ella dudó por un momento. —Usted escribe poesía, ¿no es cierto?—

El ministro se sonrojó. —Ah, sí, un poco, a veces.—

—¿Es buena poesía, no es cierto? Publicaron algo en una revista.—

El ministro rió confundido.

—Bueno, Miss Dole, no sé si es buena poesía, pero sí, la publicaron en una revista.—

Betsey siguió mirándolo. —Nunca escribí nada que fuera bueno— susurró enseguida; —pero he estado pensando si usted pudiera escribir algunos versos acerca de mí; luego pensé que quizás mi muerte me haría un buen tema para un poema, aunque nunca haya escrito nada bueno. Si usted escribiera unos pocos versos.—

El ministro se quedó sosteniendo la azucarera; estaba muy pálido de azoramiento y compasión.

Literatura Norteamericana

–Lo haré lo mejor que pueda, Miss Dole– tartamudeó.

–Le estaré muy agradecida– dijo Betsey, como si la conciencia de una obligación agradecida fuera tan inmortal como ella misma. Sonrió y la dulzura de su sonrisa fue tan visible a través de las arrugas de su boca como el rojo viejo en las hojas de una rosa marchita. Se ponía el sol; un rayo rojo brilló suavemente por encima del seto y se posó en la pared opuesta; entonces, el canario en la jaula comenzó a gorjear. Gorjeó cada vez más rápido hasta que trino en una canción triunfal.

Mary Wilkins Freeman “A Poetess”

THE garden-patch at the right of the house was all a gay spangle with sweet-peas and red-flowering beans, and flanked with feathery asparagus. A woman in blue was moving about there. Another woman, in a black bonnet, stood at the front door of the house. She knocked and waited. She could not see from where she stood the blue-clad woman in the garden. The house was very close to the road, from which a tall evergreen hedge separated it, and the view to the side was in a measure cut off.

The front door was open; the woman had to reach to knock on it, as it swung into the entry. She was a small woman and quite young, with a bright alertness about her which had almost the effect of prettiness. It was to her what greenness and crispness are to a plant. She poked her little face forward, and her sharp pretty eyes took in the entry and a room at the left, of which the door stood open. The entry was small and square and unfurnished, except for a well-rubbed old card-table against the back wall. The room was full of green light from the tall hedge, and bristling with grasses and flowers and asparagus stalks.

“Betsey, you there?” called the woman. When she spoke, a yellow canary, whose cage hung beside the front door, began to chirp and twitter.

“Betsey, you there?” the woman called again. The bird's chirps came in a quick volley; then he began to trill and sing.

“She ain't there,” said the woman. She turned and went out of the yard through the gap in the hedge; then she looked around. She caught sight of the blue figure in the garden. “There she is,” said she.

She went around the house to the garden. She wore a gay cashmere-patterned calico dress with her mourning bonnet, and she held it carefully away from the dewy grass and vines.

The other woman did not notice her until she was close to her and said, “Good-mornin', Betsey.” Then she started and turned around.

“Why, Mis' Caxton! That you?” said she.

“Yes. I've been standin' at your door for the last half-hour. I was jest goin' away when I caught sight of you out here.”

In spite of her brisk speech her manner was subdued. She drew down the corners of her mouth sadly.

“I declare I'm dreadful sorry you had to stan' there so long!” said the other woman.

She set a pan partly filled with beans on the ground, wiped her hands, which were damp and green from the wet vines, on her apron, then extended her right one with a solemn and sympathetic air.

“It don't make much odds, Betsey,” replied Mrs. Caxton. “I ain't got much to take up my time nowadays.” She sighed heavily as she shook hands, and the other echoed her.

“We'll go right in now. I'm dreadful sorry you stood there so long,” said Betsey.

“You'd better finish pickin' your beans.”

“No; I wa'n't goin' to pick any more. I was jest goin' in.”

“I declare, Betsey Dole, I shouldn't think you'd got enough for a cat!” said Mrs. Caxton, eyeing the pan.

“I've got pretty near all there is. I guess I've got more flowerin' beans than eatin' ones, anyway.”

“I should think you had,” said Mrs. Caxton, surveying the row of bean-poles topped with swarms of delicate red flowers. “I should think they were pretty near all flowerin' ones. Had any peas?”

"I didn't have more'n three or four messes. I guess I planted sweet-peas mostly. I don't know hardly how I happened to."

"Had any summer squash?"

"Two or three. There's some more set, if they ever get ripe. I planted some gourds. I think they look real pretty on the kitchen shelf in the winter."

"I should think you'd got a sage bed big enough for the whole town."

"Well, I have got a pretty good-sized one. I always liked them blue sage-blows. You'd better hold up your dress real careful goin' through here, Mis' Caxton, or you'll get it wet."

The two women picked their way through the dewy grass, around a corner of the hedge, and Betsey ushered her visitor into the house.

"Set right down in the rockin-chair," said she. "I'll jest carry these beans out into the kitchen."

"I should think you'd better get another pan and string 'em, or you won't get 'em done for dinner."

"Well, mebbe I will, if you'll excuse it, Mis' Caxton. The beans had ought to boil quite a while; they're pretty old."

Betsey went into the kitchen and returned with a pan and an old knife. She seated herself opposite Mrs. Caxton, and began to string and cut the beans.

"If I was in your place I shouldn't feel as if I'd got enough to boil a kettle for," said Mrs. Caxton, eying the beans. "I should 'most have thought when you didn't have any more room for a garden than you've got that you'd planted more real beans and peas instead of so many flowerin' ones. I'd rather have a good mess of green peas boiled with a piece of salt pork than all the sweet-peas you could give me. I like flowers well enough, but I never set up for a butterfly, an' I want something else to live on." She looked at Betsey with pensive superiority.

Betsey was near-sighted; she had to bend low over the beans in order to string them. She was fifty years old, but she wore her streaky light hair in curls like a young girl. The curls hung over her faded cheeks and almost concealed them. Once in a while she flung them back with a childish gesture which sat strangely upon her.

"I dare say you're in the right of it," she said, meekly.

"I know I am. You folks that write poetry wouldn't have a single thing to eat growin' if they were left alone. And that brings to mind what I come for. I've been thinkin' about it ever since our little Willie left us." Mrs. Caxton's manner was suddenly full of shamefaced dramatic fervor, her eyes reddened with tears.

Betsey looked up inquiringly, throwing back her curls. Her face took on unconsciously lines of grief so like the other woman's that she looked like her for the minute.

"I thought maybe," Mrs. Caxton went on, tremulously, "you'd be willin' to write a few lines."

"Of course I will, Mis' Caxton. I'll be glad to, if I can do 'em to suit you," Betsey said, tearfully.

"I thought jest a few lines. You could mention how handsome he was, and good, and I never had to punish him but once in his life, and how pleased he was with his little new suit, and what a sufferer he was, and how we hope he is at rest in a better land."

"I'll try, Mis' Caxton, I'll try," sobbed Betsey. The two women wept together for a few minutes.

"It seems as if I couldn't have it so sometimes," Mrs. Caxton said, brokenly. "I keep thinkin' he's in the other room. Every time I go back home when I've been away it's like losin' him again. Oh, it don't seem as if I could go home and not find him there it don't, it don't! Oh, you don't know anything about it, Betsey. You never had any children!"

"I don't s'pose I do, Mis' Caxton; I don't s'pose I do."

Presently Mrs. Caxton wiped her eyes. "I've been thinkin'," said she, keeping her mouth steady with an effort, "that it would be real pretty to have some lines printed on some sheets of

white paper with a neat black border. I'd like to send some to my folks, and one to the Perkinses in Brigham, and there's a good many others I thought would value 'em."

"I'll do jest the best I can, Mis' Caxton, an' be glad to. It's little enough anybody can do at such times."

Mrs. Caxton broke out weeping again. "Oh, it's true, it's true, Betsey!" she sobbed. "Nobody can do anything, and nothin' amounts to anything poetry or anything else when he's gone. Nothin' can bring him back. Oh, what shall I do, what shall I do?"

Mrs. Caxton dried her tears again, and arose to take leave. "Well, I must be goin', or Wilson won't have any dinner," she said, with an effort at self-control.

"Well, I'll do jest the best I can with the poetry," said Betsey. "I'll write it this afternoon." She had set down her pan of beans and was standing beside Mrs. Caxton. She reached up and straightened her black bonnet, which had slipped backward.

"I've got to get a pin," said Mrs. Caxton, tearfully. "I can't keep it anywheres. It drags right off my head, the veil is so heavy."

Betsey went to the door with her visitor. "It's dreadful dusty, ain't it?" she remarked, in that sad, contemptuous tone with which one speaks of discomforts in the presence of affliction.

"Terrible," replied Mrs. Caxton. "I wouldn't wear my black dress in it nohow; a black bonnet is bad enough. This dress is 'most too good. It's enough to spoil everything. Well, I'm much obliged to you, Betsey, for bein' willin' to do that."

"I'll do jest the best I can, Mis' Caxton."

After Betsey had watched her visitor out of the yard she returned to the sitting-room and took up the pan of beans. She looked doubtfully at the handful of beans all nicely strung and cut up. "I declare I don't know what to do," said she. "Seems as if I should kind of relish these, but it's goin' to take some time to cook 'em, tendin' the fire an' everything, an' I'd ought to go to work on that poetry. Then, there's another thing, if I have 'em to-day, I can't to-morrow. Mebbe I shall take more comfort thinkin' about 'em. I guess I'll leave 'em over till to-morrow."

Betsey carried the pan of beans out into the kitchen and set them away in the pantry. She stood scrutinizing the shelves like a veritable Mother Hubbard. There was a plate containing three or four potatoes and a slice of cold boiled pork, and a spoonful of red jelly in a tumbler; that was all the food in sight. Betsey stooped and lifted the lid from an earthen jar on the floor. She took out two slices of bread. "There!" said she. "I'll have this bread and that jelly this noon, an' to-night I'll have a kind of dinner-supper with them potatoes warmed up with the pork. An' then I can sit right down an' go to work on that poetry."

It was scarcely eleven o'clock, and not time for dinner. Betsey returned to the sitting-room, got an old black port folio and pen and ink out of the chimney cupboard, and seated herself to work. She meditated, and wrote one line, then another. Now and then she read aloud what she had written with a solemn intonation. She sat there thinking and writing, and the time went on. The twelve-o'clock bell rang, but she never noticed it; she had quite forgotten the bread and jelly. The long curls drooped over her cheeks; her thin yellow hand, cramped around the pen, moved slowly and fitfully over the paper. The light in the room was dim and green, like the light in an arbor, from the tall hedge before the windows. Great plummy bunches of asparagus waved over the tops of the looking-glass; a framed sampler, a steel engraving of a female head taken from some old magazine, and sheaves of dried grasses hung on or were fastened to the walls; vases and tumblers of flowers stood on the shelf and table. The air was heavy and sweet.

Betsey in this room, bending over her portfolio, looked like the very genius of gentle, old-fashioned, sentimental poetry. It seemed as if one, given the premises of herself and the room, could easily deduce what she would write, and read without seeing those lines wherein flowers rhymed sweetly with vernal bowers, home with beyond the tomb, and heaven with even.

The summer afternoon wore on. It grew warmer and closer; the air was full of the rasping babble of insects, with the cicadas shrilling over them; now and then a team passed, and a dust

cloud floated over the top of the hedge; the canary at the door chirped and trilled, and Betsey wrote poor little Willie Caxton's obituary poetry.

Tears stood in her pale blue eyes; occasionally they rolled down her cheeks, and she wiped them away. She kept her handkerchief in her lap with her portfolio. When she looked away from the paper she seemed to see two childish forms in the room one purely human, a boy clad in his little girl petticoats, with a fair chubby face; the other in a little straight white night-gown, with long, shining wings, and the same face. Betsey had not enough imagination to change the face. Little Willie Caxton's angel was still himself to her, although decked in the paraphernalia of the resurrection.

"I s'pose I can't feel about it nor write about it anything the way I could if I'd had any children of my own an' lost 'em. I s'pose it would have come home to me different," Betsey murmured once, sniffing. A soft color flamed up under her curls at the thought. For a second the room seemed all aslant with white wings, and smiling with the faces of children that had never been. Betsey straightened herself as if she were trying to be dignified to her inner consciousness. "That's one trouble I've been clear of, anyhow," said she; "an' I guess I can enter into her feelin's considerable."

She glanced at a great pink shell on the shelf, and remembered how she had often given it to the dead child to play with when he had been in with his mother, and how he had put it to his ear to hear the sea.

"Dear little fellow!" she sobbed, and sat awhile with her handkerchief at her face.

Betsey wrote her poem upon backs of old letters and odd scraps of paper. She found it difficult to procure enough paper for fair copies of her poems when composed; she was forced to be very economical with the first draft. Her portfolio was piled with a loose litter of written papers when she at length arose and stretched her stiff limbs. It was near sunset; men with dinner-pails were tramping past the gate, going home from their work.

Betsey laid the portfolio on the table. "There! I've wrote sixteen verses," said she, "an' I guess I've got everything in. I guess she'll think that's enough. I can copy it off nice to-morrow. I can't see to-night to do it, anyhow."

There were red spots on Betsey's cheeks; her knees were unsteady when she walked. She went into the kitchen and made a fire, and set on the tea-kettle. "I guess I won't warm up them potatoes to-night," said she; "I'll have the bread an' jelly, an' save 'em for breakfast. Somehow I don't seem to feel so much like 'em as I did, an' fried potatoes is apt to lay heavy at night."

When the kettle boiled, Betsey drank her cup of tea and soaked her slice of bread in it; then she put away her cup and saucer and plate, and went out to water her garden. The weather was so dry and hot it had to be watered every night. Betsey had to carry the water from a neighbor's well; her own was dry. Back and forth she went in the deepening twilight, her slender body strained to one side with the heavy water-pail, until the garden-mould looked dark and wet. Then she took in the canary-bird, locked up her house, and soon her light went out. Often on these summer nights Betsey went to bed without lighting a lamp at all. There was no moon, but it was a beautiful starlight night. She lay awake nearly all night, thinking of her poem. She altered several lines in her mind.

She arose early, made herself a cup of tea, and warmed over the potatoes, then sat down to copy the poem. She wrote it out on both sides of note-paper, in a neat, cramped hand. It was the middle of the afternoon before it was finished. She had been obliged to stop work and cook the beans for dinner, although she begrudged the time. When the poem was fairly copied, she rolled it neatly and tied it with a bit of black ribbon; then she made herself ready to carry it to Mrs. Caxton's.

It was a hot afternoon. Betsey went down the street in her thinnest dress an old delaine, with delicate bunches of faded flowers on a faded green ground. There was a narrow green belt ribbon around her long waist. She wore a green barege bonnet, stiffened with rattans, scooping over her face, with her curls pushed forward over her thin cheeks in two bunches, and she carried a small green parasol with a jointed handle. Her costume was obsolete, even in the little country village where she lived. She had worn it every summer for the last twenty years. She made no more change

in her attire than the old perennials in her garden. She had no money with which to buy new clothes, and the old satisfied her. She had come to regard them as being as unalterably a part of herself as her body.

Betsey went on, setting her slim, cloth-gaitered feet daintily in the hot sand of the road. She carried her roll of poetry in a black-mitted hand. She walked rather slowly. She was not very strong; there was a limp feeling in her knees; her face, under the green shade of her bonnet, was pale and moist with the heat.

She was glad to reach Mrs. Caxton's and sit down in her parlor, damp and cool and dark as twilight, for the blinds and curtains had been drawn all day. Not a breath of the fervid out-door air had penetrated it.

"Come right in this way; it's cooler than the sittin'-room," Mrs. Caxton said; and Betsey sank into the hair cloth rocker and waved a palm-leaf fan.

Mrs. Caxton sat close to the window in the dim light, and read the poem. She took out her handkerchief and wiped her eyes as she read. "It's beautiful, beautiful," she said, tearfully, when she had finished. "It's jest as comfortin' as it can be, and you worked that in about his new suit so nice. I feel real obliged to you, Betsey, and you shall have one of the printed ones when they're done. I'm goin' to see to it right off."

Betsey flushed and smiled. It was to her as if her poem had been approved and accepted by one of the great magazines. She had the pride and self-wonderment of recognized genius. She went home buoyantly, under the wilting sun, after her call was done. When she reached home there was no one to whom she could tell her triumph, but the hot spicy breath of the evergreen hedge and the fervent sweetness of the sweet-peas seemed to greet her like the voices of friends.

She could scarcely wait for the printed poem. Mrs. Caxton brought it, and she inspected it, neatly printed in its black border. She was quite overcome with innocent pride.

"Well, I don't know but it does read pretty well," said she.

"It's beautiful," said Mrs. Caxton, fervently. "Mr. White said he never read anything any more touchin', when I carried it to him to print. I think folks are goin' to think a good deal of havin' it. I've had two dozen printed."

It was to Betsey like a large edition of a book. She had written obituary poems before, but never one had been printed in this sumptuous fashion. "I declare I think it would look pretty framed!" said she.

"Well, I don't know but it would," said Mrs. Caxton. "Anybody might have a neat little black frame, and it would look real appropriate."

"I wonder how much it would cost?" said Betsey.

After Mrs. Caxton had gone, she sat long, staring admiringly at the poem, and speculating as to the cost of a frame. "There ain't no use; I can't have it nohow, not if it don't cost more'n a quarter of a dollar," said she.

Then she put the poem away and got her supper. Nobody knew how frugal Betsey Dole's suppers and breakfasts and dinners were. Nearly all her food in the summer came from the scanty vegetables which flourished between the flowers in her garden. She ate scarcely more than her canary-bird, and sang as assiduously. Her income was almost infinitesimal: the interest at a low per cent, of a tiny sum in the village savings-bank, the remnant of her father's little hoard after his funeral expenses had been paid. Betsey had lived upon it for twenty years, and considered herself well-to-do. She had never received a cent for her poems; she had not thought of such a thing as possible. The appearance of this last in such shape was worth more to her than its words represented in as many dollars.

Betsey kept the poem pinned on the wall under the looking-glass; if any one came in, she tried with delicate hints to call attention to it. It was two weeks after she received it that the downfall of her innocent pride came.

Literatura Norteamericana

One afternoon Mrs. Caxton called. It was raining hard. Betsey could scarcely believe it was she when she went to the door and found her standing there.

“Why, Mis' Caxton!” said she. “Ain't you wet to your skin?”

“Yes, I guess I be, pretty near. I s'pose I hadn't ought to come 'way down here in such a soak; but I went into Sarah Rogers's a minute after dinner, and something she said made me so mad, I made up my mind I'd come down here and tell you about it if I got drowned.” Mrs. Caxton was out of breath; rain-drops trickled from her hair over her face; she stood in the door and shut her umbrella with a vicious shake to scatter the water from it. “I don't know what you're goin' to do with this,” said she; “it's drippin'.”

“I'll take it out an' put it in the kitchen sink.”

“Well, I'll take off my shawl here too, and you can hang it out in the kitchen. I spread this shawl out. I thought it would keep the rain off me some. I know one thing, I'm goin' to have a waterproof if I live.”

When the two women were seated in the sitting-room, Mrs. Caxton was quiet for a moment. There was a hesitating look on her face, fresh with the moist wind, with strands of wet hair clinging to the temples.

“I don't know as I had ought to tell you,” she said, doubtfully.

“Why hadn't you ought to?”

“Well, I don't care; I'm goin' to, anyhow. I think you'd ought to know, an' it ain't so bad for you as it is for me. It don't begin to be. I put considerable money into 'em. I think Mr. White was pretty high, myself.”

Betsey looked scared. “What is it?” she asked, in a weak voice.

“Sarah Rogers says that the minister told her Ida that that poetry you wrote was jest as poor as it could be, and it was in dreadful bad taste to have it printed and sent round that way. What do you think of that?”

Betsey did not reply. She sat looking at Mrs. Caxton as a victim whom the first blow had not killed might look at her executioner. Her face was like a pale wedge of ice between her curls.

Mrs. Caxton went on. “Yes, she said that right to my face, word for word. An' there was something else. She said the minister said that you had never wrote anything that could be called poetry, an' it was a dreadful waste of time. I don't s'pose he thought 'twas comin' back to you. You know he goes with Ida Rogers, an' I s'pose he said it to her kind of confidential when she showed him the poetry. There! I gave Sarah Rogers one of them nice printed ones, an' she acted glad enough to have it. Bad taste! H'm! If anybody wants to say anything against that beautiful poetry, printed with that nice black border, they can. I don't care if it's the minister, or who it is. I don't care if he does write poetry himself, an' has had some printed in a magazine. Maybe his ain't quite so fine as he thinks 'tis. Maybe them magazine folks jest took his for lack of something better. I'd like to have you send that poetry there. Bad taste! I jest got right up. 'Sarah Rogers,' says I, 'I hope you won't never do anything yourself in any worse taste.' I trembled so I could hardly speak, and I made up my mind I'd come right straight over here.”

Mrs. Caxton went on and on. Betsey sat listening, and saying nothing. She looked ghastly. Just before Mrs. Caxton went home she noticed it. “Why, Betsey Dole,” she cried, “you look as white as a sheet. You ain't takin' it to heart as much as all that comes to, I hope. Goodness, I wish I hadn't told you!”

“I'd a good deal ruther you told me,” replied Betsey, with a certain dignity. She looked at Mrs. Caxton. Her back was as stiff as if she were bound to a stake.

“Well, I thought you would,” said Mrs. Caxton, uneasily; “and you're dreadful silly if you take it to heart, Betsey, that's all I've got to say. Goodness, I guess I don't, and it's full as hard on me as 'tis on you!”

Mrs. Caxton arose to go. Betsey brought her shawl and umbrella from the kitchen, and helped her off. Mrs. Caxton turned on the door-step and looked back at Betsey's white face. “Now don't go

to thinkin' about it anymore," said she. "I ain't goin' to. It ain't worth mindin'. Everybody knows what Sarah Rogers is. Good-by."

"Good-by, Mis' Caxton," said Betsey. She went back into the sitting-room. It was a cold rain, and the room was gloomy and chilly. She stood looking out of the window, watching the rain pelt on the hedge. The bird-cage hung at the other window. The bird watched her with his head on one side; then he begun to chirp.

Suddenly Betsey faced about and began talking. It was not as if she were talking to herself; it seemed as if she recognized some other presence in the room. "I'd like to know if it's fair," said she. "I'd like to know if you think it's fair. Had I ought to have been born with the wantin' to write poetry if I couldn't write it, had I? Had I ought to have been let to write all my life, an' not know before there wa'n't any use in it? Would it be fair if that canary-bird there, that ain't never done anything but sing, should turn out not to be singin'? Would it, I'd like to know? S'pose them sweet-peas shouldn't be smellin' the right way? I ain't been dealt with as fair as they have, I'd like to know if I have."

The bird trilled and trilled. It was as if the golden down on his throat bubbled. Betsey went across the room to a cupboard beside the chimney. On the shelves were neatly stacked newspapers and little white rolls of writing-paper. Betsey began clearing the shelves. She took out the newspapers first, got the scissors, and cut a poem neatly out of the corner of each. Then she took up the clipped poems and the white rolls in her apron, and carried them into the kitchen. She cleaned out the stove carefully, removing every trace of ashes; then she put in the papers, and set them on fire. She stood watching them as their edges curled and blackened, then leaped into flame. Her face twisted as if the fire were curling over it also. Other women might have burned their lovers' letters in agony of heart. Betsey had never had any lover, but she was burning all the love-letters that had passed between her and life. When the flames died out she got a blue china sugar-bowl from the pantry and dipped the ashes into it with one of her thin silver teaspoons; then she put on the cover and set it away in the sitting-room cupboard.

The bird, who had been silent while she was out, began chirping again. Betsey went back to the pantry and got a lump of sugar, which she stuck between the cage wires. She looked at the clock on the kitchen shelf as she went by. It was after six. "I guess I don't want any supper to-night," she muttered.

She sat down by the window again. The bird pecked at his sugar. Betsey shivered and coughed. She had coughed more or less for years. People said she had the old-fashioned consumption. She sat at the window until it was quite dark; then she went to bed in her little bedroom out of the sitting-room. She shivered so she could not hold herself upright crossing the room. She coughed a great deal in the night.

Betsey was always an early riser. She was up at five the next morning. The sun shone, but it was very cold for the season. The leaves showed white in a north wind, and the flowers looked brighter than usual, though they were bent with the rain of the day before. Betsey went out in the garden to straighten her sweet-peas.

Coming back, a neighbor passing in the street eyed her curiously. "Why, Betsey, you sick?" said she.

"No; I'm kinder chilly, that's all," replied Betsey.

But the woman went home and reported that Betsey Dole looked dreadfully, and she didn't believe she'd ever see another summer.

It was now late August. Before October it was quite generally recognized that Betsey Dole's life was nearly over. She had no relatives, and hired nurses were rare in this little village. Mrs. Caxton came voluntarily and took care of her, only going home to prepare her husband's meals. Betsey's bed was moved into the sitting-room, and the neighbors came every day to see her, and brought little delicacies. Betsey had talked very little all her life; she talked less now, and there was a reticence about her which somewhat intimidated the other women. They would look pityingly and solemnly at her, and whisper in the entry when they went out.

Literatura Norteamericana

Betsey never complained; but she kept asking if the minister had got home. He had been called away by his mother's illness, and returned only a week before Betsey died.

He came over at once to see her. Mrs. Caxton ushered him in one afternoon.

"Here's Mr. Lang come to see you, Betsey," said she, in the tone she would have used towards a little child. She placed the rocking-chair for the minister, and was about to seat herself, when Betsey spoke:

"Would you mind goin' out in the kitchen jest a few minutes, Mis' Caxton?" said she.

Mrs. Caxton arose, and went out with an embarrassed trot. Then there was silence. The minister was a young man a country boy who had worked his way through a country college. He was gaunt and awkward, but sturdy in his loose clothes. He had a homely, impetuous face, with a good forehead.

He looked at Betsey's gentle, wasted face, sunken in the pillow, framed by its clusters of curls; finally he began to speak in the stilted fashion, yet with a certain force by reason of his unpolished honesty, about her spiritual welfare. Betsey listened quietly; now and then she assented. She had been a church member for years. It seemed now to the young man that this elderly maiden, drawing near the end of her simple, innocent life, had indeed her lamp, which no strong winds of temptation had ever met, well trimmed and burning.

When he paused, Betsey spoke. "Will you go to the cupboard side of the chimney and bring me the blue sugar-bowl on the top shelf?" said she, feebly.

The young man stared at her a minute; then he went to the cupboard, and brought the sugar-bowl to her. He held it, and Betsey took off the lid with her weak hand. "Do you see what's in there?" said she.

"It looks like ashes."

"It's the ashes of all the poetry I ever wrote."

"Why, what made you burn it, Miss Dole?"

"I found out it wa'n't worth nothin'."

The minister looked at her in a bewildered way. He began to question if she were not wandering in her mind. He did not once suspect his own connection with the matter.

Betsey fastened her eager, sunken eyes upon his face. "What I want to know is if you'll 'tend to havin' this buried with me."

The minister recoiled. He thought to himself that she certainly was wandering.

"No, I ain't out of my head," said Betsey. "I know what I'm sayin'. Maybe it's queer soundin', but it's a notion I've took. If you'll 'tend to it, I shall be much obliged. I don't know anybody else I can ask."

"Well, I'll attend to it, if you wish me to, Miss Dole," said the minister, in a serious, perplexed manner. She replaced the lid on the sugar-bowl, and left it in his hands.

"Well, I shall be much obliged if you will 'tend to it; an' now there's something else," said she.

"What is it, Miss Dole?"

She hesitated a moment. "You write poetry, don't you?"

The minister colored. "Why, yes; a little sometimes."

"It's good poetry, ain't it? They printed some in a magazine."

The minister laughed confusedly. "Well, Miss Dole, I don't know how good poetry it may be, but they did print some in a magazine."

Betsey lay looking at him. "I never wrote none that was good," she whispered, presently; "but I've been thinkin' if you would jest write a few lines about me - afterward I've been thinkin' that mebbe my dyin' was goin' to make me a good subject for poetry, if I never wrote none. If you would jest write a few lines."

The minister stood holding the sugar-bowl; he was quite pale with bewilderment and sympathy. "I'll do the best I can, Miss Dole," he stammered.

Literatura Norteamericana

“I’ll be much obliged,” said Betsey, as if the sense of grateful obligation was immortal like herself. She smiled, and the sweetness of the smile was as evident through the drawn lines of her mouth as the old red in the leaves of a withered rose. The sun was setting; a red beam flashed softly over the top of the hedge and lay along the opposite wall; then the bird in his cage began to chirp. He chirped faster and faster until he trilled into a triumphant song.